





entrada del Barrio del Carmen, junto al puente, Francisca y su marido acababan de casarse. y sería ese preciso momento, el que ella recordaría toda su vida, con cierta tristeza.

La ilusión de la novia el día de su boda, se encontró empañada por la vergüenza, así es como una joven novia se casaba a primera hora de la mañana de un día gris, a una de esas horas en las que los fieles más devotos aún se esconden entre las sábanas. Solo asistieron los familiares directos de los contrayentes, salvo la madre del novio, que había muerto meses antes, motivo por el que las cuñadas de la novia vestían largos trajes negros, junto a mantillas que cubrían sus cabezas.

Para acompañar el momento, volvió la vergüenza y el rechazo, de la mano de la propia Iglesia, que obligó a los novios a esconderse en la sacristía, para pronunciar el silencioso “sí quiero”, que pronunciaban entonces todas las mujeres que acudían al altar embarazadas, futuras madres de un hijo que por algún extraño motivo no podría ir con la cabeza bien alta.

Francisca, el día de su boda, comenzó un camino incierto, tortuoso y difícil. La felicidad de ver nacer nueve hijos, se vio mermada al tener que afrontar la difícil tarea de alimentarlos, vestirlos y sacarlos adelante. Ha trabajado mañanas y tardes, obligada por las circunstancias a compaginar distintos oficios, y esto, le ha llevado muchas veces a plantearse si sus hijos realmente la quieren, ya que nunca pudo acunarlos, o sencillamente tenerlos en brazos, ni tampoco comprar nada más que lo esencial para ellos.

Fue en el 50 aniversario de su matrimonio cuando encontró la respuesta en el amor incondicional de sus hijos, cuando todos reunidos organizaron lo que Francisca llama su “segunda boda”, ahora sí, dejando de lado a la vergüenza y las dificultades, pudo disfrutar de la satisfacción que solo reporta una vida plena.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Ser capaz de dejar atrás el miedo y zambullirse en la vida, aprender a vivir sin que la incertidumbre te ahogue, teniendo fe y sabiendo que se puede mejorar. Ser consciente de que lo que merece la pena de la vida es vivirla, sin miedos ni dudas, con plena disposición a hacerlo, con valentía.

Llegar a ser mayor y poder mirar al presente con orgullo y satisfacción, recoger por fin los frutos de todo aquello que tanto trabajo ha costado conseguir. Saber que las horas de trabajo y las noches en vela han merecido la pena, sentirse recompensado por la vida, y poder hacer con tus nietos lo que no pudiste hacer con tus hijos, saboreando cada momento, guardándolo celosamente sin dejar que ninguno escape.

Disfrutar de la libertad, respirarla a grandes bocanadas, decir “tiempo libre” sin que suene ajeno o utópico, y, aunque parezca paradójico, comenzar en la senectud a planificar el tiempo, huir del día a día, para atreverse a pensar en el futuro y permitirse soñar despierta.

Descubrir a los 70 que te gusta bailar, y dejarte llevar por la música sin miedo al ridículo, participar de la vida social y, mientras conversas entre amigas en el centro de mayores, ver de lejos a tu marido, sonreírle y sentirlo tan cerca, tan dentro...

Ser consciente de qué es lo que realmente supone el amor infinito, llenarse la boca con los nombres de tus nueve hijos, 20 nietos y cuatro bisnietos y pronunciarlos lentamente, en susurros, sabiendo cuánto significan. Y dormir, dormir todas las noches con gran tranquilidad, sintiéndose realizada, orgullosa, y sin miedo a dejar de abrir los ojos, porque la vida ha sido vivida.